

LA TRASTIENDA DE LA REPRESIÓN EN AMÉRICA DEL SUR O ESE INCÓMODO ALIADO CHILENO

Simon, Roberto. *El Brasil de Pinochet: la dictadura brasileña, el golpe en Chile y la guerra fría en América del Sur.* Diener, Pablo (traducción). Santiago, LOM, 2023, 536 pp.



Juan Pablo Nardulli

Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto Interdisciplinario de Estudios de América Latina, Argentina
jpnardulli@hotmail.com

El libro del periodista brasileño Roberto Simon presenta un valioso abordaje sobre la relación entre la dictadura brasileña y Chile desde el gobierno demócratacristiano de Eduardo Frei Montalva hasta los años finales del régimen encabezado por Augusto Pinochet. Se trata de una investigación basada en un sólido trabajo de archivo que se propone desentrañar la siempre compleja trama de la diplomacia y los servicios de inteligencia.

El libro se estructura en tres partes y corresponde a la primera –“Brasil contra Salvador Allende”– el abordaje de la tensa relación entre el gobierno de la Unidad Popular y la dictadura brasileña. La posibilidad de una “Cuba del Pacífico” (p. 67) resultaba inaceptable para un régimen brasileño que pretendía al mismo tiempo encarnar la “defensa de la civilización occidental” acechada por el avance comunista y mostrar al mundo un “Brasil potencia” en condiciones de transformarse en un jugador de relieve en el tablero internacional. Si el anticomunismo de la dictadura brasileña podía coincidir con la perspectiva del gobierno norteamericano, el trabajo de Simon hace hincapié en que Brasilia desarrolló una agenda propia que podía coincidir con Washington en puntos clave pero que planteaba también iniciativas autónomas.

El refugio que encontraron en Chile los exiliados brasileños ya desde 1964 bajo gobierno de Frei Montalva –el “Kerenski chileno” (p. 20)– era tema de preocupación del régimen surgido tras el derrocamiento de Goulart, en la convicción de que bajo la UP el país funcionaría como campo de entrenamiento guerrillero para la izquierda de la región. El trabajo del autor demuestra que, más allá de las garantías que Allende ofreció al gobierno brasileño de no intervenir en la situación política interna de los países de la región

–manteniendo e incluso profundizando las relaciones comerciales–, los militares brasileños consideraron inaceptable cualquier entendimiento con el presidente socialista al que caracterizaron como peligroso comunista. Los gestos de Allende, que parecieron suficientes para el dictador argentino Lanusse –una relación que hubiese merecido un tratamiento mayor–, no lo fueron para Médici. No deja de parecer una amarga ironía que el régimen brasileño hiciera una caracterización tan contundente de la *vía chilena al socialismo* al tiempo que la izquierda dentro y fuera de Chile debatía –y continuó debatiendo mucho más allá del golpe de 1973– si la experiencia de la UP establecía una nueva cartografía revolucionaria o era más bien expresión de una izquierda sistémica cuyo horizonte no trasponía los límites del reformismo. El trabajo de Simon analiza la trama de contactos formales e informales del embajador Câmara Canto con militares, empresarios y políticos chilenos que desde antes de la asunción de Allende comenzaron a operar, con dispar eficacia, para impedir en Chile una “dictadura marxista”. Los hilos de esa trama son prolijamente informados en las comunicaciones de un embajador preocupado por el marxismo desde sus comienzos en el servicio diplomático, donde aconsejaba en 1968 limpiar la cancillería de “izquierdistas, homosexuales, borrachos y vagabundos” (p. 35). Para la dictadura brasileña, que para entonces había logrado desarticular la resistencia armada casi por completo, y para su representante diplomático, la actividad pública y privada de los exiliados brasileños en Chile era objeto de preocupación suponiendo que en el país se estaba formando un contingente pronto a retornar a la lucha armada.

A partir de la mirada de la diplomacia brasileña y sumando testimonios de protagonistas, la segunda parte de la obra –“El apoyo al golpe”– aborda la preocupación desde 1972 –cuando la conspiración golpista está decididamente en marcha– por la posibilidad de que una intentona militar desarticulada desencadenara un quiebre en las FF.AA. chilenas y un escenario de guerra civil que radicalizara aún más el proceso chileno. La participación de los militares brasileños en el derrocamiento de Torres en Bolivia y el proceso posterior alimentaban la inquietud sobre los costos de un error de cálculo. La dictadura brasileña coincidía en este punto con la CIA: el golpe debía ser un “movimiento unificado dentro de las FF.AA.” (p. 211) y la figura del general Prats era un obstáculo objetivo. Washington y Brasilia coincidieron en la necesidad de apoyar al gobierno que surgiera del derrocamiento de Allende aunque, como enfatiza el autor, con autonomía de sus agendas. El trabajo de Roberto Simon dedica atención a la inquietud de los conspiradores chilenos por una posible invasión del Perú de Velasco Alvarado ante un eventual

movimiento golpista. Fueron los servicios de inteligencia brasileños quienes se ocuparon de despejar ese temor, por otra parte infundado, a la apertura de un frente externo. El apoyo de los militares brasileños a la Junta de Gobierno, reconocida por Brasilia con las ruinas de la Moneda aún humeantes, se materializó de inmediato en la forma de recursos, créditos y armas. La localización de los exiliados brasileños en Chile apareció entre los requerimientos inmediatos al nuevo gobierno. Discretamente llegaron interrogadores brasileños para identificar a sus compatriotas detenidos en el Estadio Nacional, colaborando con los aún inexpertos torturadores locales que: "...sólo sabían dar golpes y humillar" (p. 292). Los "métodos brasileños" fueron enseñados por instructores en Chile y en Brasil, al tiempo que la dictadura chilena daba forma a la DINA con asesoramiento también brasileño. El apoyo de Médici a la Junta encabezada por Pinochet permitió al gobierno estadounidense, igualmente comprometido con el golpe, mantenerse en un lugar de menor exposición internacional.

La tercera parte del libro anuncia desde el título –"Del entusiasmo a la cautela"– el abordaje de la compleja relación entre Santiago y Brasilia en el nuevo escenario. El régimen instalado en Chile tras el golpe de septiembre de 1973 cambiaba el escenario regional abortando el intento de construcción del socialismo en el Cono Sur. Si esto mereció el apoyo del régimen brasileño que garantizó ayuda diplomática, económica y de recursos para construir una estructura represiva eficiente, la imagen internacional de Pinochet y las denuncias en foros internacionales de sistemáticas violaciones a los Derechos Humanos planteaban al gobierno de Médici una situación incómoda. La cruzada occidental y cristiana o la más prosaica necesidad de un contrapeso en la tensión regional con Argentina podían requerir el apoyo del régimen chileno, pero Brasilia evitó cuanto pudo aparecer públicamente frente a la mirada de la comunidad internacional demasiado cercana a la sangrienta dictadura pinochetista. Este rasgo se acentuó aún más con los sucesores de Médici, los generales Geisel y Figueiredo, interesados en mostrar al mundo un clima político más distendido, acorde al "milagro económico" y a una eventual transición democrática en Brasil. De este modo, la participación brasileña en las reuniones organizativas del Plan Cóndor entre 1975 y 1977 fue distante, prefiriendo la dictadura brasileña acuerdos bilaterales de colaboración para la represión en la región frente a la pretensión chilena de una estructura unificada bajo su dirección. El desarrollo de operaciones terroristas fuera de América Latina también preocupó al gobierno norteamericano y determinó en última instancia el desmantelamiento de la DINA

y su reemplazo por la CNI: “Regímenes militares cooperando entre sí para intercambiar informaciones, así como para detener y matar subversivos en sus propios países era una cosa. Una campaña de asesinatos en capitales de Europa, territorio de la OTAN, será algo en otra escala” (p. 396). Que la dictadura brasileña mantuviera distancia del entramado formal del Plan Cóndor de ningún modo significó una merma en el apoyo a la Junta chilena, como lo muestra la complicidad de los servicios brasileños en la Operación Colombo –el torpe y en todo caso fallido intento de los militares chilenos de presentar a decenas de militantes asesinados como víctimas de un enfrentamiento entre miristas– o la generosidad en los créditos para la compra de armas brasileñas al cerrarse otros canales de abastecimiento en Europa. La cruzada anticomunista no era incompatible con los negocios.

El trabajo de Roberto Simon recorre con agudeza los hilos que conectan la diplomacia con los servicios de inteligencia, los contactos públicos y reservados de los protagonistas. Diferencia las posiciones ideológicas de las necesidades geopolíticas, el largo plazo y lo contingente. Expone con contundencia el modo en que la dictadura brasileña ayudó a derribar la democracia chilena y a consolidar uno de los regímenes más represivos de la región. Hay también algunos puntos en los que, tal vez por la opacidad misma de las fuentes, el trabajo es menos penetrante. Es el caso del análisis de las causas de la posición de los diferentes gobiernos argentinos durante el período. El autor trabajó con materiales, inéditos muchos de ellos, del Archivo Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores de Brasil, el Archivo Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, materiales del Departamento de Estado estadounidense y la CIA. Es una obra necesaria, que indudablemente enriquece el análisis del período en América Latina. Se trata, en suma, de un trabajo de investigación notable y un libro de escritura apasionada y apasionante que algunos errores de traducción no deslucen.